

Expertos en clausura: «La reclusión es la verdadera libertad»

Benedictinos de El Paular con décadas de confinamiento cuentan cómo se vive sin salir

RAFAEL J. ÁLVAREZ MADRID

El padre Joaquín se ha levantado a las 5.15 horas y esta noche, a las 10 en punto, oír un timbre para guardar silencio absoluto hasta el día siguiente. Entre su despertador privado y el aviso colectivo, habrá vivido 17 horas en comunidad sin pisar la calle. Se habrá encerrado a ratos en su habitación. Habrá limpiado el monasterio. Habrá ensayado cánticos con sus compañeros. Habrá rezado en común y a solas. Habrá comido y cenado con los demás. Habrá leído la prensa y el e-mail. Y habrá reído. O no.

Y así lleva 21 años. Lejos del mundo y cerca de Dios y de otros hombres como él. Porque vive muros adentro. Sin pisar la calle. Confinado.

Joaquín es él y otros seis monjes del Monasterio de El Paular, siete personas entre paredes, una familia rara, elegida y enclaustrada. ¿En qué se parecerán a nuestra nueva vida?

Con ustedes, los expertos en clausura.

«La reclusión es la verdadera libertad. Nuestra riqueza es el silencio y la paz. Y si este confinamiento a que se ve obligada la sociedad sirve para que las personas se encuentren a sí mismas y para compartir con los demás, habrá merecido la pena».

Estamos a distancia telemática en el Monasterio Benedictino de El Paular, en los finales del noroeste de Madrid. Aquí hay una hospedería para viajeros ocasionales y un convento para náufragos voluntarios y eternos. Son los siete hombres que un día decidieron abandonar una vida como las nuestras y recluirse en un estado de alarma sin alarma alguna. «Nuestra clausura y la de la sociedad no se pueden comparar, pero hay algo que sí se parece: el valor de compartir. Quizá sea un buen momento para estrechar relaciones y hacer un hogar comunitario. El amor a la familia. Y aquí también somos una familia».

Los monjes rezan juntos a las 6.30 horas, a las 8.00, a las 14.00, a las 20.00, y a las 22.00. Y en la soledad de sus habitaciones a las 7.10 y a las 19.00. En común desayunan a las 8.40, comen a las 14.15 y cenar sobre las 20.40, dependiendo de la atención a los huéspedes. En medio de ese horario, hacen trabajos en la hospedería, en la biblioteca y en la enfermería o trajan en labores de limpieza, de mantenimiento



El padre Joaquín, la semana pasada en el Monasterio de El Paular, en Madrid. ALBERTO DI LOLLI

«Si se halla el valor de vivir en común, el tiempo de desastre será de gracia»

El más veterano lleva enclaustrado aquí 65 años. Los demás 28, 21, 17, 9 y 6

de intendencia... Y transitan dos momentos de vida en común sin tareas, sólo por el permiso de compartirse unos a otros. «A las dos y cuarto de la tarde y a las nueve y media de la noche tenemos la 'recreación', un tiempo obligatorio en una sala con sillones y sillas donde hablamos, comentamos las noticias y hasta nos contamos chistes. A veces no hay nada que decir y a veces hablamos de lo más absurdo. Pero es un momento clave de comunicación».

El resto es casi todo silencio. «No

tenemos voto de silencio, pero tenemos hacia él. Nuestra vida cotidiana se gestiona con la máxima de San Benito: *Ora et labora*, un tiempo dedicado a la oración, la liturgia de las horas, las lecturas divinas y el trabajo dentro del monasterio».

El jesuita Jaime Tatay es profesor en la Universidad Pontificia de Comillas y sabe de asfalto. Pero ha pasado varias temporadas refugiado aquí. Así que puede comparar. «La vida en clausura modifica el espacio vital, el tiempo y las relaciones. El confinamiento obligado de la sociedad supone un parón abrupto y repentino de su rutina. La vida que conocíamos se detiene y nos obliga a parar, a pensar, a escuchar... Nada de lo que hacemos ha resultado ser tan importante. La agenda se vacía. El silencio irrumpe».

Rutina. La canja gran palabra social de la pandemia. No sale en las noticias, pero es la noticia de todos.

La rutina de los monjes benedictinos es absoluta, una vida en un reloj. «Se trata de sacar algo del interior de cada uno, algo nuevo que nos haga ver que ese día es diferente. Para una familia, ahora será or-

ganizar el día, saber qué hacer en recogimiento: jugar, leer, ver la tele juntos, estudiar, hacer ejercicio... Si no hay espacio en el salón para jugar, a lo mejor es bueno correr el sofá. Los padres tienen deberes con sus hijos. Es vivir en común. Y a eso no estamos acostumbrados».

«Vale, pero cómo se gestiona un roce de convivencia en clausura?»

«Como en cualquier casa o trabajo, desde el respeto al otro y el amor fraterno. Y eso pasa por relativizar las cosas, que en general son tonterías y las hacemos un mundo. Eso se vence con humildad y perdón. Si no, la convivencia es imposible. Lo más difícil de nuestra vida es lo más bonito: la convivencia. Sobre todo, si se parece al encuentro con Dios».

Entre la clausura de estos monjes y la de millones de personas hay mil diferencias. Ellos la eligieron y creen en Dios. Los demás han sido involuntariamente reclusos y no todos tienen a Dios. Aquí, en esta isla de piedra y de siglos, hay espacios individuales, «celdas», como las llaman los monjes. Pero quién sabe cuántos miles de familias viven en casas con una sola habitación o en la habitación de una casa. Es el mundo de los encerrados sin

intimidad. «Tener un espacio de soledad es muy difícil para algunas familias. Pero las personas saben arreglárselas para buscar ese rincón».

Imaginemos a siete personas en la rutina de la clausura. Una de ellas, el monje más veterano, lleva aquí 65 años. Las demás 28, 21, 17, 9 y 6 años. Siete personas intramuros. A veces a solas y a veces en grupo. A veces hablando y a veces no. A veces trabajando y a veces descansando. A veces sin móviles y a veces de web en web. A veces bien y a veces mal.

Siete hombres con piedad. Tendrán sus bajonazos, sus obsesiones, sus dudas... Pero resisten.

El padre Joaquín acaba de enseñarle al fotógrafo el monasterio y está acabando de hablar por el móvil y de escribir por correo para nosotros, un reportaje extraño de periodista en casa a monje en clausura. Así que le pedimos que bombee una luz al lector enclaustrado.

«Si el confinamiento por el coronavirus se aprovecha para descubrir valores de comunidad frente al individualismo, convivir será una gracia de Dios. En una frase: tiempo de desastre, tiempo de gracia».